

despedido de sir Geoffrey del modo mas afectuoso, y haberle dado expresiones para su pagecito y su amiga, subió el desfiladero al trote, y se alejó con los dos guardas de su escolta. Apenas la vieron desaparecer, cuando se les presentaron los que la perseguian; sir Geoffrey dividió su gente de modo que tomó tres distintos puntos del desfiladero.

Traian á su frente al mayor Bridgenorth, segun habia previsto sir Geoffrey. Venia junto á él un hombre vestido de negro que traia en el brazo una placa de plata y en ella grabado un galgo. Venian detras ocho ú diez vecinos del pueblo de Martindale-Moultrassie, entre los cuales dos ó tres eran oficiales subalternos del juez de paz; los demas eran fautores bien conocidos del gobierno que acababa de caer. Cuando estuvieron á distancia de oír lo que se les dijera, sir Geoffrey los mandó hacer alto: pero como sin embargo avanzaban, mandó á sus gentes que los apuntaran, y despues que tomaron esta posicion temible, repitió con una voz como el trueno: — ¡Alto! ¡que sino hacemos fuego! Paráronse al momento, y el

mayor se adelantó solo como para parlamentar.

— ¡Bien, vecino! ¿qué significa esto? Le preguntó sir Geoffrey como si hasta entonces no le hubiera conocido; ¿dónde va vm. tan corriendo esta mañana? ¿No ve vm. que puede darle asma á su caballo, ó echar á perder las espuelas?

— Sir Geoffrey, respondió el mayor, no tengo ahora tiempo de divertirme con chanzonetas, voy de marcha en servicio del rey.

— ¿Está vm. seguro, vecino, de que no es en servicio del viejo Noll? Acostumbraba vm. encargarse de él bastantes veces, y acompañó estas palabras con una risilla que hizo dar grandes carcajadas á los de su comitiva.

— Hágale vm. ver la real orden, dijo Bridgenorth al hombre de la placa, que era un perseverante \* de armas, y tomando él mismo esta pieza, la presentó á sir Geoffrey diciéndole:

\* Oficial de armas, segun la orden de caballeria. inferior al faraute, y este al rey de arma, y que tiene el mismo destino en sus casos. N. D. T.

— Me prometo á lo menos que vm. tendrá el respeto debido.

— Otro tanto como vm. le hubiera tenido hace un mes, respondió el Caballero haciendo mil pedazos la orden. ¡ Y bien! ¿ por qué diablos me mira vm. admirado? ¿ Quiere vm. hacer monopolio de la rebelion? ¿ Piensa vm. no podemos nosotros mostrar ni una pizca de desobediencia?

— Dejenos vm. pasar, sir Geoffrey Peveril, ó sino me pondrá en precision de hacer lo que no quisiera. Yo soy en este negocio el vengador de la sangre de un santo de Dios, y perseguiré mi presa mientras que me conserve el Cielo un brazo con que abrirme camino.

— No se le abrirá por ahora sino con peligro, señor Bridgenorth. Yo estoy en mi terreno; bastante me han fatigado ya por veinte años los santos, puesto que vm. y los suyos se dan ese nombre; y le digo que nunca violará el asilo que mi casa puede ofrecer, ni perseguirá á mis amigos en mi territorio, ni corromperá vm. mis criados impunemente. Vm. ha hecho todo esto, sin embargo todavía respeto á vm. por ciertos

buenos oficios que no tengo intencion de negar y olvidar, y le costará mucho resolverme á sacar la espada, ó tirarle un pistoletazo; pero si avanza vm. un paso, si hace un movimiento hostil, cuente vm. que no erraré el golpe. En cuanto á esos pícaros que se atreven á venir en seguimiento de una señora noble por mis tierras, si no los manda vm. retirarse, enviaré algunos de ellos al infierno mas antes de lo que piensan.

— ¡ Plaza, déjenos el paso libre, que sino se arriesga vm.! exclamó el mayor Bridgenorth echando mano á una pistola del arzon. Sir Geoffrey se arrojó sobre él al instante, le tomó por el cuello del vestido, dando espolazo á Black-Hastings, tirando al mismo tiempo las bridas, de modo que al hacer el caballo una corbeta, dió con el pecho sobre el de Bridgenorth. Un buen soldado habria salido del paso con un tiro de pistola; pero aunque habia servido el mayor en el ejército del Parlamento, no tenia ni el valor ni la serenidad de un militar de profesion. No era tampoco ni un buen escudero, ni menos tenia tanta fuerza como su

antagonista, y además le faltaba sobre todo el genio fogoso y la resolución casi ciega con la que sir Geoffrey se arrojaba siempre á los peligros. Lucharon por un instante de un modo muy poco digno de su amistad anterior y sus relaciones diarias como vecinos, y no es de admirar que cayese Bridgenorth de su caballo con violencia. En tanto que sir Geoffrey saltaba del suyo, la tropa del mayor voló al socorro de su jefe, y la del Caballero se preparó para recibir á sus contrarios. Se desenvainaron las espadas, y extendidos los brazos por ambos partidos, se presentaron unos á otros las pistolas. Pero sir Geoffrey mandó en tono de heraldo á los dos partidos dejar las armas y no llegar á las manos. El perseverante de armas se aprovechó de esta manifestación, y halló bien pronto una razón para no insistir en desempeñar una comisión tan peligrosa. — Ya no hay real orden, dijo él; los que la hicieron pedazos responderán al consejo; pero que no siendo ya él portador de ella, no podía dar un paso más adelante.

— Bien dicho, y como gente de paz, dijo sir

Geoffrey. Whitaker, llévale al castillo, y que le den de refrescar; su pobre bestia ya no puede más. Vamos, vecino Bridgenorth, levántese vm.; ¿se ha hecho vm. mal cuando cayó á causa de este encuentro tan impertinente? Nunca le hubiera yo tocado si no le hubiese visto echar mano á la pistola.

Al decir esto, ayudó al mayor á levantarse, y al mismo tiempo que se retiraba el perseverante, llevándose los oficiales de justicia, quienes no dejaban de pensar era probable que el conocimiento del delito de sir Geoffrey caería en poder de jueces para él favorables, aunque por ahora estaba en oposición directa de un mandato legal, y que por consecuencia les interesaba personalmente tal vez más cederle que resistirle; pero los otros adversarios amigos de Bridgenorth, y que profesaban los mismos principios no dieron atrás un paso, y mirando fijos á su jefe, parecía trataban de arreglar su conducta según la suya.

Pero era notorio que Bridgenorth no tenía intención alguna de renovar la disputa. Desechó con violencia la mano de sir Geoffrey, que

le ayudaba á levantarse, pero no fué para tomar la espada; por lo contrario, volvió á montar con un aire de tristeza y abatimiento, y haciendo seña á los suyos que le acompañaran, se fué con ellos por el mismo camino que habia venido. En tanto que se alejaba, sir Geoffrey le miró por algun tiempo: — Ahí va un hombre, que hubiera sido un excelente sujeto si no hubiese sido Presbiteriano; pero en ellos no hay cordialidad; no pueden perdonar una caída en el cespéd; conservan el rencor, y detesto tanto á estos como á un vestido negro y una gorra de Ginebra, con alas grandes á modo de orejas largas que se levantan á los lados como dos chimeneas ó dos cucuruchos de casa cubierta de paja. Con todo, son astutos como diablos; por esto pues, Lance-Outram, lleva contigo dos de tus compañeros, y siguelos á lo largo, por si acaso se vuelven por el flanco, y se ponen á seguir la huella de la condesa.

— Mas quisiera que siguiesen la de la cierva de milady, respondió el guarda-bosques en espíritu verdadero de su profesion. Ejecutó en

seguida las órdenes de su amo, siguiendo al mayor un poco distante, y observando su marcha desde lo alto de las montañas que dominan el país; pero luego se dejó ver claramente no intentaban los enemigos hacer ninguna maniobra, y que se dirigian al pueblo. Cuando se hizo saber esto á sir Geoffrey, despidió parte de su comitiva, y fué á reunirse con la condesa, escoltado por algunos criados.

Bastarános añadir que puso por obra su proyecto de escoltar á la condesa de Derby hasta Vale-Real sin hallar obstáculo. El señor de estos dominios se encargó de conducirla á Liverpool, y la vió embarcarse para los dominios hereditarios de su hijo, donde sin duda estaria segura, hasta que se pudiese lograr algun compromiso, con respecto á la acusacion sobre haber violado la amnistia concedida por el rey haciendo ejecutar á Christian.

Poderosos inconvenientes se opusieron bastante tiempo. Clarendon, que se hallaba entonces á la cabeza del gobierno de Carlos II, consideraba este acto de violencia, aunque cometido por motivos que, hasta cierto punto son excu-

sables al corazón humano, capaces de alterar la tranquilidad pública de la Inglaterra apenas restablecida, excitando las dudas é inquietudes de los que pudieran temer las consecuencias de lo que se llama en nuestro tiempo una reacción. Por otra parte, los grandes servicios de esta familia distinguida, la conducta de la condesa misma, la memoria de su desgraciado marido, y las particulares circunstancias de la jurisdicción que tenía en la isla de Man, y que constituía el caso fuera de las leyes ordinarias, abogaban mucho en su favor. En fin, no se vengó la muerte de Christian mas que por una multa fuerte de algunos millares de libras, suma que se cobró con mucha dificultad en los dominios del conde joven de Derby.

### CAPITULO VIII.

Adios tierra natal mia.

BYRON. *Childe-Harold.*

Quedó lady Peveril en grande inquietud por algunas horas despues de la partida de su marido y de la condesa, sobre todo desde que supo se había puesto á la cabeza de una trôpa de caballeros armados el mayor Bridgenorth, cuyos movimientos había mandado observar, y